

LIONEL DAVIDSON

# BAJO LOS MONTES DE KOLIMA

Traducción del inglés de  
Cristina Martín Sanz



Título original: *Kolymsky Heights*

Ilustración de la cubierta: © Kolima, Vladimir Sevrinovsky

Copyright © Lionel Davidson, 1994

Copyright de la introducción © Philip Pullman, 2015

Copyright de la edición en castellano © Ediciones Salamandra, 2016

Publicaciones y Ediciones Salamandra, S.A.

Almogàvers, 56, 7º 2ª - 08018 Barcelona - Tel. 93 215 11 99

[www.salamandra.info](http://www.salamandra.info)

Reservados todos los derechos. Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita de los titulares del "Copyright", bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

ISBN: 978-84-16237-17-3

Depósito legal: B-14.857-2016

1ª edición, septiembre de 2016

*Printed in Spain*

Impresión: Romanyà-Valls, Pl. Verdaguer, 1  
Capellades, Barcelona

*Para Frances*



## INTRODUCCIÓN

Acabo de leer este libro por cuarta vez, y estoy más convencido que nunca de que es el mejor *thriller* que he leído en mi vida y de que, con Lionel Davidson fallecido, es poco probable que lea otro que lo supere.

Tiene una estructura clásica. Adopta la antigua forma de la búsqueda: el protagonista viaja a un lugar remoto, consigue algo valioso y regresa. *Jasón y los Argonautas*, *La isla del tesoro* y *Las minas del rey Salomón* son sólo tres de la multitud de relatos que siguen este patrón básico. Quizá el ejemplo moderno más famoso sea *El señor de los anillos*; el valioso objetivo que consigue el protagonista, Frodo, en el momento culminante de su peligroso viaje, es la destrucción del Anillo Único, con el que sólo se puede acabar arrojándolo al Monte del Destino.

La idea de la búsqueda ha sido objeto de numerosos análisis, llevados a cabo prácticamente desde todos los puntos de vista, incluidos el psicológico, el antropológico y el literario. En cuanto a la técnica del relato, en mi opinión existen tres normas que toda buena narración debe respetar: la búsqueda debe ser ardua, debe ser fácil de entender y el desenlace debe dejar muchas cosas pendientes.

No sé si Lionel Davidson tuvo en mente alguno de estos elementos de manera consciente, pero *Bajo los montes de Kolima* es una de las búsquedas mejor contadas que he leído. El protagonista, Johnny Porter, tiene que viajar desde

Canadá hasta un instituto científico de Siberia, oculto en un lugar remoto y protegido por un fuerte sistema de seguridad, y averiguar la razón por la que un antiguo amigo suyo le ha pedido con tanta urgencia que acuda a un sitio tan desolado. Y luego, naturalmente, debe regresar. De modo que el relato se divide, de forma natural, en tres partes: la llamada y el viaje de ida, lo que sucede allí y el viaje de vuelta. Un relato con esta estructura tiene un atractivo irresistible... si se cuenta bien.

Sin embargo, se han escrito y publicado miles de historias de búsquedas, y la mayoría de ellas se olvidarán. Una estructura clásica no lo es todo por sí sola. Que esté «bien contada» implica varias cosas, por supuesto, y la calidad de esas cosas es lo que hace que *Bajo los montes de Kolima* sea un relato tan memorable. Una de ellas, muy importante, es el protagonista. Jean-Baptiste Porter, o el doctor Johnny Porter, es un indio de etnia gitksan, originaria de la región del río Skeena, en la Columbia Británica. Dotado de un talento prodigioso para los idiomas, a los trece años no sólo habla la lengua de su tribu e inglés, sino también varias más, entre ellas el tsimshian, «una lengua tan singular que los lingüistas no han logrado relacionarla con ninguna otra del mundo». También domina el coreano, el japonés, el ruso y varios dialectos de los pueblos nativos de Siberia. Además, está licenciado en Biología, le conceden una beca Rhodes para estudiar en Oxford y, antes de graduarse, publica *Silabario de tsimshian corregido*, obra con la que gana una medalla de oro. Por si fuera poco, sabe luchar y es un ingeniero hábil y con experiencia. Y encima resulta sumamente atractivo a las mujeres.

Los héroes tienen que ser notables. Únicos y extraordinarios. Si conociéramos a alguien como Johnny Porter, nos quedaríamos menos impresionados al encontrarnos con un héroe en un libro. Supongo que un lector particularmente escéptico alzaría una ceja ante esta increíble lista de logros; en cambio, a mí me ha convencido, siempre.

Los demás personajes de la novela también son vívidos, cada uno en su estilo. Rogachev, el anciano director

del misterioso centro científico, con su oscuro secreto; Lazenby, el académico de Oxford de cabeza bamboleante; la coqueta y provocativa Lidia Yakovlevna, que quiere irse a casa con Johnny y «hacer de todo» con él; la dulce y ciega Ludmila, que quizá sea el personaje más extraordinario de todo el libro; Komarova, la fría y reservada doctora, que sabe más de lo que parece; el brutal contraamaestre japonés del *Suzaku Maru*... Todos ellos están bien dibujados y llenos de vida.

Tal vez los pasajes más destacables del relato sean los que cuentan cómo llega Johnny Porter a Siberia y su partida. El viaje de ida es espantoso, no sólo tiene que soportar dolor —una violenta pelea con el abominable contraamaestre, maravillosamente relatada—, sino también un sufrimiento todavía peor, tan repugnante como ingenioso. El viaje de vuelta, en el que Porter intenta hasta desesperarse llegar al estrecho de Bering con temperaturas de cincuenta grados bajo cero, mientras sus enemigos se acercan cada vez más, es una de las mejores persecuciones que se han escrito.

Son los detalles lo que más impresiona. Por ejemplo, no tengo ni idea de si existe un *bobik*; Wikipedia cree que es el apodo de un vehículo blindado, pero eso no tiene nada que ver. A lo mejor a Davidson le gustó el nombre y se inventó un vehículo para llamarlo así. Pero ese todoterreno feo, cuadrado, inmensamente duro y capaz de soportarlo todo, con neumáticos medio inflados, y que además cuenta con una excelente calefacción, es justo lo que haría falta para viajar por esas regiones, y cuando Porter necesita uno... En fin, en manos de un escritor menos dotado, se limitaría a robarlo. Sin embargo, aquí hace algo mucho mejor. Y debido a la acumulación de detalles de ingeniería convincentes, acabamos creyéndonos hasta la última palabra, y nuestra admiración por Porter —y por el autor— crece aún más.

Dondequiera que miremos, sea cual sea el pasaje que estemos leyendo, hallamos profundidad en los detalles, están pensados a fondo, resultan del todo verosímiles. Para un escritor, el peligro de los detalles radica en cargar demasiado las tintas en ellos: el autor está tan enamorado de la

investigación que ha llevado a cabo que desea que el lector se enamore también. Sin embargo, rara vez lo hace. En el momento en que el cariño del autor por tanta información sobrepasa el interés del lector, éste deja el libro y enciende la televisión.

En *Bajo los montes de Kolima* hay mucha descripción del ambiente, pero en este caso los detalles no son sólo un elemento decorativo. ¿Cómo finge Porter que es un marinero coreano y se incorpora a la tripulación de un barco japonés? ¿Cómo, tras haber llegado a Siberia con un disfraz, cambia su apariencia física y sus modales de forma tan creíble? ¿Cómo penetra al fin en la fortaleza del instituto científico, situado cerca de las negras aguas del lago Tchorni Vodi? Cada paso es necesario, cada detalle hace que el argumento avance. Si el resultado ha sido fruto de la investigación, nos inclinamos ante la diligencia de Lionel Davidson. Si, en cambio, ha sido fruto de su imaginación, nos inclinamos todavía más. (Cuando se escribe ficción, el objetivo de la investigación siempre es llevar la imaginación hasta un punto en el que sea capaz de inventar cosas tan parecidas a la realidad que el lector no pueda notar la diferencia.)

Venga de donde venga, ya sea porque Davidson viajó a lo más remoto de Siberia, pasó muchas horas en la biblioteca o porque simplemente se sentó a su mesa y se lo inventó todo, la totalidad del material está al servicio de uno de los talentos narrativos más grandes del mundo del thriller. Como relato puro de aventuras, esta novela tiene muy pocos rivales. Como historia de amor, valentía, peligro y un frío terrible, es una obra maestra. Ahora bien, el breve episodio que tiene lugar en el corazón del misterio, el callado encuentro entre Johnny Porter y la tierna y herida Ludmila, eleva *Bajo los montes de Kolima* por encima de cualquier otro thriller que yo haya leído. Éste es el mejor que existe.

PHILIP PULLMAN



BAJO LOS MONTES  
DE KOLIMA



## PRÓLOGO

¡Cuánto tiempo, querido amigo, cuánto tiempo! ¡Te espero con gran ilusión! Han ocurrido tantas cosas —tantas que no se me pueden olvidar— que aprovecho este rato para realizar un recuento. Y para hacerte una advertencia. Todo lo que sigue te va a parecer muy extraño. Te insto a que recuerdes nuestras conversaciones y a que, por encima de todo, tengas en cuenta dos cosas.

Cada vez que te tropieces con una dificultad a lo largo de este relato, ten por seguro que también me la he encontrado yo. Donde tú dudes, también yo habré dudado. Lo que aquí se narra no son suposiciones.

No son suposiciones. Pero tampoco lo he buscado. Ha sido cuestión de suerte. Pero ¿de suerte «ciega»? Ya lo verás. Poco después de nuestro último encuentro, volví a casa y me tomé unas breves vacaciones con mi mujer en Pitsunda, junto al mar Negro. Allí tuvimos un accidente de tráfico. Ella falleció y yo sufrí heridas graves. Pasé varias semanas en el hospital y otra temporada más en un sanatorio, víctima de una profunda depresión. Mis amigos, mis colegas, todos me instaron a que volviera al trabajo. Y lo hice, pero me resultaba imposible trabajar. Mi instituto ya no significaba nada para mí, mis antiguos intereses habían dejado de interesarme.

Me diagnosticaron una depresión de tipo «clínica», ¡y por consiguiente me trasladaron a una! Allí me sometieron a diversos tratamientos, pero ninguno de ellos sirvió de nada. Poco después, empezó a visitarme cierto académico.

Ese hombre a mí me resultaba sólo vagamente familiar y, sin embargo, enseguida se hizo obvio que sentía un vivo interés por mis asuntos y que estaba muy bien informado sobre ellos. Había consultado a mis médicos a conciencia, estaba al tanto de mi situación personal y, por supuesto, conocía las obras que yo había publicado. A lo largo de una serie de conversaciones, se cercioró de que yo seguía estando al corriente de lo que sucedía en mi campo, y al final me hizo una proposición.

Me dijo que en un centro de investigación situado en el norte necesitaban un director nuevo. El actual se encontraba en un estado de salud muy precario y no le quedaba mucho tiempo de vida. La labor que se realizaba en aquel centro era valiosísima, de modo que habían formado un comité que, ayudado por varios miembros de los «órganos del Estado», llevaba algún tiempo estudiando posibles candidatos. De ello deduje que dicha labor debía de estar relacionada con la seguridad. Así me lo confirmó el académico, y luego prosiguió.

La parte del trabajo que interesaba a los «órganos» no contaría con la aprobación de todos los círculos científicos, por lo que sería perfectamente comprensible y razón suficiente para que cualquiera se negase a realizarla. Él desconocía de qué se trataba, pero tenía entendido que era algo parecido a los estudios que se llevaban a cabo en Fort Detrick, en Estados Unidos, y en Porton Down, en Inglaterra, es decir, investigación de materiales para la guerra con armas químicas y bacteriológicas.

El siguiente aspecto negativo no era menos importante: la persona nombrada para aquel puesto nunca podría dejarlo, porque el retorno a la vida normal no estaba permitido. Eso no quería decir que equivaliera a vivir en una cárcel, nada más lejos, pero ese factor debía tomarse en cuenta, junto con otros dos: la ubicación del centro de investigación

y sus condiciones meteorológicas (de lo cual deduje que se trataba de un lugar remoto donde hacía muy mal tiempo).

Al margen de eso, los demás aspectos eran todos positivos. Las condiciones de vida en la estación no eran simplemente buenas, sino lujosas. En el plano profesional, se disponía de un presupuesto casi ilimitado; por lo menos, él nunca había visto que el comité rechazase ninguna solicitud del actual titular. (Y dado que ya ha muerto, puedo decir cómo se llamaba: L. V. Zhelikov.)

Con el programa de investigación ocurría lo mismo que con el presupuesto: era casi infinito. El académico habló largo y tendido de ese tema y cuando ya se iba añadió una última cosa: los anteriores directores del centro habían sido objeto de una rigurosa investigación. La finalidad era, sobre todo, determinar si los candidatos estaban psicológicamente preparados para llevar aquella existencia. Muchos resultaron no estarlo, e incluso entre los seleccionados hubo un porcentaje de fracasos. Nada se pudo hacer por esos desdichados. No podían marcharse, por supuesto, de modo que tuvieron que quedarse allí, infelices de por vida.

En mi caso, dicha investigación no iba a ser necesaria. Sin embargo, dijo, al decidir yo debía tener en cuenta la situación de aquellos «desdichados». Él ya no iría a verme más. Después de pensar con detenimiento sobre el asunto, sólo debía enviarle una tarjeta con un «sí» o un «no». Le contesté que así lo haría.

Le contesté que así lo haría y así lo hice: le envié una tarjeta con un «sí», aunque la verdad es que no lo medité en absoluto. En cuanto lo oí hacerme su proposición, supe que aceptaría. Mis razones eran simples: estaba seguro de que mi dolencia anímica no iba a continuar. La vida sigue, es lo que hace siempre. Y también estaba seguro de que había llegado el momento de cambiarla de un modo definitivo. Además, estaba lo del «lugar remoto donde hacía muy mal tiempo»; era Siberia, desde luego. Pero de esto hablaré más adelante.

Por el momento, diré que envié la tarjeta y que seis semanas más tarde, de manera muy precipitada, sin apenas tiempo para despedirme de mi familia o decirles adónde iba —porque no lo sabía—, viajé escoltado hasta el centro de investigación.

Allí descubrí a qué se debía tanta prisa. A Zhelikov le quedaban sólo unos días de vida. Estaba invadido por el cáncer. Se hallaba en su magnífico apartamento subterráneo, el mismo en el que me encuentro yo ahora, sentado en la silla-cama móvil que él había diseñado —«silla eléctrica», la llamaba—, sumido en un estado de dolor, agotamiento e impaciencia considerables. Aquel día, para poder mantener la cabeza despejada, no se había tomado la morfina. Casi de inmediato empezó a darme instrucciones detalladas sobre cómo debía abordar un problema que había surgido aquella misma semana.

El problema era la recuperación de un mamut. En aquella zona se han encontrado muchos ejemplares de esta especie extinta y lo primordial siempre es llegar a la escena antes que los cazadores nativos, que los utilizan para comer —y que además dirigen un lucrativo comercio de tallas de marfil—. Poco antes, el Gobierno había prohibido estas prácticas y se consideraba delito el hecho de no denunciarlas. Pero esto no tuvo ningún efecto en los nativos de las tribus, que no se «delatan» unos a otros; en cambio, afectó de modo significativo a las labores de construcción. Como entre las grandes cuadrillas de operarios abundan los chismorreos, los hallazgos se notifican de inmediato... y de inmediato van seguidos de una orden de pararlo todo hasta que se hayan inspeccionado debidamente.

Pero éste no es el único aspecto importante. Los animales que encuentran los cazadores están en el interior de cuevas o en otros lugares abrigados donde el calor corporal de un animal muerto se va disipando despacio y los tejidos blandos se deterioran de forma inevitable. Nunca habían encontrado un mamut entero, congelado al instante, por así decirlo, con los tejidos blandos intactos. Lo que emocionaba a Zhelikov era la posibilidad de que en esa ocasión tal

vez tuviera un ejemplar con esas características al alcance de la mano.

En un cabo situado al norte del centro de investigación se estaba preparando un emplazamiento para una construcción de gran tamaño. Durante las excavaciones, el suelo había cedido y había dejado al descubierto una grieta. Dentro de ésta había una cornisa y en la cornisa se veía un mamut. Estaba atrapado en el hielo. Era evidente que había caído desde una gran altura y que había muerto en el acto. ¡Un mamut congelado al instante!

Con una impaciencia furiosa, Zhelikov insistía en que yo acudiera de inmediato a la grieta. Demasiado enfermo para viajar él mismo, y receloso de sus ayudantes, llevaba cuatro días esperándome. Dos de esos días yo ya los había pasado viajando, de modo que en aquel momento me sentía casi al límite de mi resistencia física. Pero tal era la fuerza de su carácter que cuando apenas habían transcurrido un par de horas de mi llegada, ya había vuelto a enviarme al frío, a desempeñar una misión sumamente trascendental.

En esa época del año —era febrero— nuestra región tiene casi veinticuatro horas de oscuridad y una temperatura media de cincuenta grados bajo cero. Además, sufre vendavales muy violentos y muy localizados. Al cabo de media hora nos tropezamos con uno de ellos, y aunque el helicóptero era un aparato grande y robusto, estaba ya tan maltrecho de tanto volar entre la ventisca que el piloto se vio obligado a alcanzar una altitud muy superior a la que permitía el contacto visual con el suelo.

Cuando llegamos al emplazamiento, encendimos todas las luces del aparato. Desde tierra nos informaron por radio de que habían encendido también las suyas, pero aun así nos resultó imposible vernos unos a otros. El piloto inició el descenso con precaución, distinguiendo apenas en la ventisca el rombo que formaban las luces, pero en cuanto notó la tremenda embestida que soportaban las palas del rotor, volvió a ascender con rapidez y solicitó instrucciones.

El ayudante principal de Zhelikov y los técnicos de nuestro grupo opinaban que debíamos abortar el intento y regresar de inmediato al centro con el combustible que nos quedaba. Yo, por radio, le pedí una segunda opinión a Zhelikov, sabiendo con toda seguridad lo que iba a decirme. Y no hubo sorpresa. Aquel hombre obsesionado, que se aferraba a la vida por una sola razón, nos dijo que no perdiéramos un tiempo que era precioso y nos ordenó que hiciéramos un único intento, pero uno «bueno», de aterrizar. En cuanto hubiéramos recuperado el mamut, podríamos retrasar la vuelta hasta que mejorase el temporal.

El piloto frunció el ceño, apretó los dientes y descendió de nuevo entre la furiosa ventisca, bamboleándose con violencia por encima de la pista iluminada, hasta que por fin se posó en el suelo manteniendo apenas el equilibrio. Incluso en tierra nos vimos tan zarandeados que, sin desabrocharnos los cinturones, tuvimos que esperar que unos vehículos vinieran a buscarnos para recorrer los doscientos metros que nos separaban del edificio residencial.

En el interior del mismo nos aguardaba una embestida tremenda de calor y de luz. Las estufas de chapa metálica estaban al rojo vivo y los operarios descansaban tumbados en sus literas vestidos sólo con pantalones y camiseta. Al vernos, se lanzaron sobre nosotros como perros ansiosos, pues tras la orden de paralización que había dado Zhelikov llevaban casi una semana inactivos.

Sin dejar que me quitase las pieles, ni siquiera el gorro, me obligaron a examinar de inmediato los planos técnicos de la grieta y de la cornisa en la que se encontraba el mamut, y pocos minutos después estaba otra vez fuera, dirigiéndome hacia allí a toda prisa, a bordo de un «tanque para nieve».

En el emplazamiento de la obra se había excavado una hondonada en forma de cuenco, de paredes muy profundas en su parte central, donde estaba la grieta. Ésta se hallaba rodeada de pilotes de escasa altura, sobre los cuales se habían montado los reflectores que normalmente permitían trabajar en la obra las veinticuatro horas del día. Había también una grúa con dos arneses colgantes en los que nos



metimos el ayudante de Zhelikov y yo, luego nos abrocharon las correas a toda prisa y nos bajaron, primero hasta la hondonada y luego, con mayores precauciones, hasta el interior de la grieta.

Arriba había sido imposible hablar, dado el tremendo rugir y ulular del viento, pero a medida que íbamos bajando, el ruido fue disminuyendo y dentro de la grieta quedó reducido a un aullido lejano. El ayudante y yo pronto empezamos a hacer comentarios en tono normal, incluso bajo, porque la estrechez de aquella sima de hielo parecía invitar a ello. Yo llevaba una linterna, dado que hasta allí no llegaba la luz de los focos, y el ayudante —al que llamaré V— llevaba un equipo de comunicación.

Fuimos descendiendo lentamente hasta la cornisa, que al principio sólo parecía un bloque de hielo de forma irregular. Mientras V iba dando instrucciones por el equipo de radio, fuimos girando a izquierda y derecha y hacia abajo, a fin de examinar a la luz de la linterna la estructura del hielo y la forma desdibujada del animal que estaba atrapado en él. El mamut había caído sobre el costado izquierdo, de cara a la sima y con las extremidades hacia dentro, de modo que sólo se distinguía con claridad uno de los colmillos y nada del tronco. Era muy poco lo que se podía apreciar, aparte de su tamaño aproximado, que sería de unos dos metros y medio de largo —lo cual indicaba que era un ejemplar joven—, y la característica elevación de los cuartos traseros hacia el bulto del abdomen. Desde arriba, las varias capas de hielo, de unos setenta centímetros de profundidad en total, tan sólo nos permitían una visión opaca, pero a través de una estrecha apertura que había en un costado era posible distinguir mechones del denso pelaje del mamut.

Estuvimos desplazándonos hacia delante y hacia atrás, arriba y abajo, mientras V, experto en las propiedades del hielo, iba tomando nota de las fallas y tensiones que había en la grieta y sugería modificaciones al plan de rescate que había ideado Zhelikov. A continuación, pedimos que nos izaran e impartimos las órdenes necesarias para que comenzara la operación.

Dos equipos bajaron hasta la grieta armados con ganchos y mangueras de vapor, y en el transcurso de un par de horas cortaron y subieron el inmenso bloque de hielo, que a continuación fue rodeado con las lonas que habíamos llevado y sujeto con cadenas. Dicho trabajo se realizó con la máxima dificultad, en medio del constante azote del viento y la nieve; y justo cuando se terminó, la tormenta cesó y dio paso a una calma gélida, tal como suele ocurrir en esas regiones.

Subimos al helicóptero de inmediato, esperamos mientras amarraban la carga y los rotores la levantaban con cuidado, y después despegamos. Y así, volando a ras de suelo y muy despacio —a cámara lenta, casi como si se tratara de un solemne funeral de Estado—, transportamos al mamut hasta el centro de investigación.

Lo transportamos y lo colocamos con cuidado en el sitio que habíamos preparado para él en el túnel. Cuando acabábamos de retirar las lonas, apareció Zhelikov avanzando erráticamente por la rampa, sentado en su silla.

Durante nuestra ausencia habían obligado al viejo, agotado por el dolor, a tomarse los medicamentos. Aun así, solo en su habitación, en un estado de semiinconsciencia, se había enterado de nuestra llegada y se había «escapado». Empezó a dar vueltas y más vueltas alrededor del bloque de hielo, intentando en vano incorporarse para ver al animal. V y yo le aseguramos que no había nada que ver aparte de un colmillo, pero él, aturdido y ansioso, sospechó que le estábamos ocultando algo, que el bloque se había fracturado durante el traslado y el mamut había sufrido daños. Nosotros insistimos en que nada de eso había ocurrido, pero no lo convencimos.

En el interior del túnel, aquella figura pequeña pero indómita, envuelta en pieles, daba la impresión de haber encogido otro poco desde la última vez que la habíamos visto. Su cabeza no era más grande que un pomelo. Y aun así, intentaba imponer su voluntad. Furioso, repitió que no

había que intentar reparar los desperfectos hasta que se hubiera llevado a cabo su operación de rayos X y fotografías del animal. ¡Y dicha operación debía ponerse en práctica de inmediato!

V y yo estábamos tan agotados que casi le revelamos el secreto allí mismo. Experimentamos un alivio inmenso cuando aparecieron a toda prisa su médico y un ayudante y se lo llevaron. Nos quedamos mirándonos el uno al otro durante un momento, pues éramos conscientes de que la impresión podría haberlo matado al instante.

Bajo la iluminación intensa y uniforme del túnel era posible ver mucho mejor a través de la pequeña apertura de hielo transparente. Se habían desprendido unos fragmentos de escarcha, y ahora se distinguía con nitidez el pelaje del mamut. Pero no era el pelaje de un mamut, sino el de un oso. Los osos no se habían extinguido, al contrario, los había en abundancia, y toda la comunidad de científicos sostenía que llevaban millones de años sin cambiar de forma. Sin embargo, lo que parecían tener delante era un oso con un colmillo.

Aun así, lo dejamos estar por esa noche.

Dormí el sueño de los exhaustos, y a la mañana siguiente, temprano, supervisé la operación de rayos X y la toma de fotografías. Zhelikov seguía durmiendo, muy sedado. Las primeras placas se revelaron en unos minutos y al momento ordené a los miembros del pequeño equipo que guardasen silencio hasta que el propio Zhelikov, tras la preparación adecuada, fuera informado de los resultados. Pero tal cosa no llegaría a suceder. Aquel esforzado guerrero, a la cabeza de los mejores científicos, no regresó del lugar al que se había marchado, fuera el que fuese, y poco antes de las doce del mediodía su manto pasó a cubrir mis hombros. Y, con él, el problema del animal que teníamos en el túnel.

En las jornadas que siguieron, hice que lo fotografiasen una y otra vez, desde todos los ángulos y empleando los medios más avanzados. Pero ya desde la primera

placa había quedado claro lo que allí sucedía. No nos habíamos equivocado con lo del pelaje de oso ni con el colmillo. Y, sin embargo, aquello tampoco era un oso con un colmillo: había otros animales, además de los osos, que vestían pieles de oso.

Aquel animal era humano. Una hembra. Medía 1,89 metros, estaba embarazada de treinta y cinco semanas y ya había parido antes.

Estos últimos datos y algunos otros los averigüé más tarde, pero voy a señalar ahora los más importantes.

Sibir —así la llamamos, la «durmiente»— es una hembra bien parecida, incluso hermosa, de cutis claro y facciones regulares. Tiene los ojos grises, ligeramente oblicuos —es el único rasgo «mongol», porque los párpados no presentan el pliegue característico—, y los pómulos elevados y un poco planos. Se podría decir, pues, que pertenece a la raza eslava, si es que dichos términos poseen algún significado, lo que, por supuesto, no es el caso. Ella es anterior, en varias decenas de miles de años, a los eslavos y a todos los pueblos que existen en la actualidad, porque su muerte se produjo hace casi cuarenta mil años.

Según nuestros cálculos, tenía dieciocho cuando se cayó en la grieta y se rompió el cuello. Acababa de ingerir una comida a base de pescado, del cual llevaba más en una bolsa de gran tamaño fabricada con piel de reno. La bolsa colgaba de un trineo, del que ella iba tirando, y el colmillo —en realidad un cuarto de colmillo, la parte curva y terminada en punta— estaba unido al trineo a modo de patín. El otro colmillo-patín, obviamente a consecuencia del impacto, se rompió y cayó a la grieta, más abajo. La fuerza del choque desplazó la carga del trineo y la repartió alrededor del cuerpo y por encima de él, lo que producía la impresión de abultamiento y longitud que habíamos visto.

Sibir había caído sobre su costado izquierdo, con el brazo izquierdo —era zurda— extendido, quizá en un intento de proteger al hijo que llevaba dentro. Aquel feto, responsable del pronunciado «bulto», le habría causado de todas formas problemas en el momento del parto, porque

tenía una cabeza muy grande: resultaba obvio que el padre era un neandertaloide (no el neandertal especializado que vivía en Europa, sino uno anterior y más generalizado, que poseía un cráneo más grande; en este sentido, su sucesor europeo suponía un retroceso; la evolución no avanza siempre en línea recta).

Aparte del brazo y el cuello rotos, no había sufrido más lesiones. Se había congelado rápidamente, con lo que el daño cerebral fue mínimo. Y era perfecta. Y además estaba entera: labios, lengua, carne, órganos —el aparato digestivo se había detenido en plena asimilación del pescado—, todo fresco y sano, congelado al instante. Hasta tenía saliva en la boca. Dejando de lado su estatura, parecía moderna en todos los sentidos. Y, sin embargo, en todos los sentidos no lo era. De esto también hablaré más adelante.

Ahora he de decir dos cosas. La primera: de todas las tierras habitadas que existen en el mundo, esta región, dotada de hielos prehistóricos, es la única en la que se podría producir un hallazgo semejante. La segunda: dicho hallazgo tuvo lugar precisamente en el momento en que podía ser de utilidad, hemos procedido con sumo cuidado y Sibir apenas ha sufrido daños. Nunca me permitiría desfigurarla.

La contemplo con frecuencia. Sigue en mi túnel, serena e intemporal, detenida para siempre en sus dieciocho años. Ya la verás. Así pues, éste el final de una larga cadena de coincidencias y el comienzo de otra... Esta otra, tan trascendental, es la razón por la que estás aquí.

No dudo de que tendrás muchas cosas que contarme en relación con esto. Bien, espero que me las cuentes.

Ahora vamos a empezar.



UNO

EL CARTERO Y EL PROFESOR





A las nueve menos diez de una mañana de junio, una mañana resplandeciente y luminosa que auguraba un día de mucho calor, una mujer de sesenta y tres años recorría las calles de Oxford en bicicleta.

Iba pedaleando despacio, corpulenta y majestuosa como una antigua reina de Holanda, con un sombrero para el sol que se agitaba con el bamboleo y un vestido de flores que ondeaba con la brisa. Sus muslos floreados subían y bajaban hasta que, al doblar por la calle principal, se detuvieron para hacer un alto ante un semáforo que estaba cambiando a rojo. Al momento, la mujer se bajó del sillín y apretó el freno, si bien un poco tarde, lo que hizo que sus pies, calzados con sandalias anchas, dieran una serie de saltitos mientras sujetaba la bicicleta.

Mala coordinación. Oh, *schrecklich, schrecklich*. El día estaba siendo espantoso, y no digamos su dolor de cabeza. Aprovechó la oportunidad para quitarse el sombrero y abanicarse, y también para coger un pico de la falda, que se le pegaba a la piel, y sacudirla un poco.

Su hermana le había aconsejado que ese día se quedara en la cama. Ni hablar. Habiendo rebasado en tres peligrosos años la edad de jubilación, no podía consentir que un resfriado le impidiera levantarse de la cama. Su jefe no iba a quedarse acostado, y había otras personas que codiciaban su puesto de trabajo. La señorita Sonntag no se resfriaba en

invierno, como el resto de la gente, sino en verano, durante las olas de calor, y con una pasmosa intensidad. Cuando el mundo entero estaba lleno de flores y encanto, ella se transformaba en una lerda. Ahora tenía calor y después frío, se sentía mareada y aturdida, una completa idiota.

El semáforo cambió, y ella se subió de nuevo al sillín y volvió a pedalear con aire regio. En la ciudad de las bicicletas, ese día no había muchas. En la universidad estaban de vacaciones, pero el profesor para el que ella trabajaba todavía no. Mientras él no las cogiera —cosa que no sucedería hasta que el río Spey tuviera más salmones—, ella no tendría tiempo libre. ¡Ay!

Pasó por delante de Brasenose y también de Oriel y All Souls. Entró en la calle sin salida cuando todos los relojes empezaban a dar las nueve. El pequeño y asfixiante patio delantero estaba desierto; no había ninguna bicicleta en los soportes. Puso la cadena a la suya y entró con gesto cansado. El conserje había ordenado el correo y había separado el que correspondía al profesor sujetándolo con una goma elástica. Ella se quitó el sombrero y estornudó.

El ambiente de su despacho estaba enrarecido pero era fresco. Intentó apagar el aire acondicionado pero no pudo, de modo que en vez de eso abrió la ventana. Enchufó el hervidor y buscó el correo del profesor. Pero no lo encontró. Sin embargo, lo había dejado en alguna parte. Se sentía la cabeza tan embotada que ya no recordaba dónde. ¿En el vestíbulo, tal vez, cuando había llegado? Salió y miró fuera. Nada.

El hervidor de agua estaba silbando, así que volvió a entrar, se preparó una taza de café y colgó el sombrero. Debajo de él, en la silla, estaba el correo. Lo observó, aburrida, y se sonó la nariz. Después bebió un sorbo de café y se puso a trabajar, pero casi al instante la interrumpió el teléfono. Contestó sin dejar de desplegar las cartas y tirar los sobres a la papelera, y cuando colgó ya había terminado con todas. Entonces cayó en la cuenta de que pasaba algo raro con el correo. Había seis sobres, pero sólo cinco cartas.

Las revisó con gesto inexpresivo y luego miró por el suelo y en la papelera. Dentro estaban los seis sobres extran-

jeros, y también otros diez británicos, todos vacíos. Supo que ése iba a ser un día realmente espantoso. Y también que había llegado su jefe; su figura, larga y encorvada, acababa de pasar por delante del cristal de la puerta. Se sentó en el suelo sobre los talones y durante unos momentos pensó en el consejo que le había dado su hermana, pero se tranquilizó y luego, de forma un tanto atolondrada, empezó a emparejar cartas y sobres para averiguar qué era lo que faltaba.

Había diez sobres británicos y diez cartas británicas; tres sobres de Estados Unidos y tres cartas de Estados Unidos; dos sobres de Alemania y dos cartas de Alemania; un sobre de Suecia y ninguna carta de Suecia. Miró de nuevo este último. Parecía barato. Habían escrito la dirección en un trozo de papel de seda y después lo habían pegado con cinta adhesiva. Estaba vacío. Al cabo de un rato, incapaz de entender nada, se limitó a llevárselo todo al profesor y decirle que faltaba una carta.

Él levantó la vista, extrañado.

—¿Que falta una carta, señorita Sonntag?

—En este sobre no hay ninguna carta.

El profesor lo inspeccionó.

—Gotemburgo, Suecia —dijo—. ¿Qué hay en Gotemburgo, Suecia?

—¿La universidad, quizá?

—¿Con profesores distraídos, quizá?

Ese mismo pensamiento se le ocurrió a ella justo cuando él lo mencionó, y maldijo su resfriado. Si las circunstancias hubieran sido otras, lo habría pensado ella primero y habría dejado el sobre donde estaba —cosa que, tal como pensó más tarde, seguramente había hecho por lo menos en una ocasión anterior—. El embotamiento la había impulsado a rebuscar en la maldita papelera.

Aún tenía la cabeza aturdida, pero replicó impasible:

—Pues a mí no me parece que la carta la haya enviado un profesor. Quiero decir, ya sé que no hay carta, pero...

—No pasa nada, señorita Sonntag.

El profesor se quitó la chaqueta. Su insólita cabeza, grande y bamboleante, se movía en diversas direcciones

inesperadas, estaba más calva que un huevo. Y ahora aparecía reluciente.

—Aquí dentro hace un calor horrible —se quejó—. ¿Funciona el aire acondicionado?

—Sí, sí. —La señorita Sonntag estornudó con gesto defensivo, sonándose con un Kleenex—. Para que no se me vaya el resfriado.

Observó cómo su jefe se ajustaba las gafas detrás de las orejas y examinaba el sobre con más detenimiento.

La dirección estaba escrita a bolígrafo, en letras mayúsculas y temblorosas:

PROFESOR G. F. LAZENBY  
OXFORD  
INGLATERRA

El profesor Lazenby echó un vistazo a la parte posterior del sobre y luego volvió a mirar el anverso. Lo levantó para escrutarlo al trasluz. Era de avión, muy delgado, casi transparente. Miró dentro, y un instante después, sacó un trocito de papel de seda que estaba parcialmente adherido al fondo.

—¡Vaya! —exclamó la señorita Sonntag—. No había visto eso.

—No pasa nada, señorita Sonntag.

En el trocito de papel no había nada escrito. Lazenby puso el sobre boca abajo y le dio unos leves golpes con el dedo, cuidadosamente.

—¿No estará pensando que ahí dentro había algo y que yo lo he tirado a la papelera? —dijo la señorita Sonntag, alarmada.

—Podemos ir a mirar.

—¡Yo me encargo, no se preocupe! Lo siento muchísimo, no se me ha ocurrido que...

Miraron en la papelera los dos juntos. Recuperaron los sobres y los fueron sacudiendo uno por uno. Los sacaron todos, pero en la papelera no había nada más que otro trocito de papel de seda en el fondo.